

TERCERA PARTE

---

El furor de la impotencia .

ó

La casa de Quirós del toreo.

TERCERA PARTE

El furor de la impotencia

La casa de Quirós del torero.

1

### ¡Torero, sí! ¡Fenómeno, no!

No podía haber terminado más felizmente la temporada gallista de 1913, primera que como matador de alternativa toreaba Joselito.

Los triunfos del abono madrileño y de las ferias provincianas fueron coronados por los éxitos del otoño, no obstante el decaimiento físico de Rafael. Éste hizo el 5 de Octubre aquella célebre faena del más puro estilo *rondeño*, para enseñar á muchos que hablan de ello sin saber, lo que es eso, faena que algunos revisteros colocaron por encima de las del 2 y 15 de Mayo del año anterior, y José, el día de la despedida y apoteosis de *Bombita*, se mostró tan grande que, salvo los que no podían ceder en su irreductibilidad, los aficionados que aún permane-

cían indecisos, se entregaron convencidos. Los dos pases de rodillas que dió Joselito en el último toro valieron por toda una historia de torero.

Para que no cupiese ninguna duda del motivo de aquella retirada.

Cómo sería lo que hizo el nene, que al acabarse la corrida, durante un rato fué paseado en triunfo, ovacionado y aclamado, y se olvidó un poco al protagonista de la fiesta que poco después era también alzado en hombros y salía triunfalmente por última vez de la plaza.

Rafael había toreado sesenta y seis corridas y perdió seis ó siete por la luxación de la muñeca que sufrió en Sevilla, y cortó veinticuatro orejas, y "el novillero sin cuajar" ya se ha dicho: *ochenta corridas, cincuenta y tres orejas* y UN AVISO en todo el año.

Y aún no contento quiso cerrar su brillantísima temporada con un alarde de torería y se encerró en la plaza de Valencia él solito con siete toros de Guadalest. Fuimos á verle aficionados de toda España. De Madrid hubo que agregar coches de primera y segunda al correo. Cortó cinco orejas. ¿Para qué les voy á decir á ustedes más?

--Y ahora sí que va de veras—torna á decir aquel lector impaciente y poco enterado.—Des-

pués de temporada tan brillante, ya no había más remedio que rendirse á la evidencia y confesar la verdad. Desde este punto y hora la batalla contra los *Gallos* había terminado...

¡Estache boa a navalla! ¡Toleas, amiguiño!... Continuó más fiera, más impetuosa que nunca.

En medio de todo, es de admirar la testadurez de estos antigallistas. Les fracasó *Bombita*, echaron mano de su hermanito; no dió juego Manolo—¡al demonio se le ocurre!—y sacaron á Belmonte.

Desde fines del año anterior y con mayor violencia, apenas comenzada la temporada novilleril de 1913, los parches no cesaban de batir con furia á todas horas llamando al arma por Belmonte. No podía uno asomarse á ningún corro de aficionados sin que al instante le saliesen al paso los que conocían al torero y los que lo ignoraban, cantándole las excelsitudes del Mesías, que venía á redimir de su esclavitud al toreo.

—¿Pero no habíamos quedado en que el Mesías, el fenómeno del toreo, era Joselito?

—Todos los días que atorea—decía uno—se lleva apegaos á los alamares de la chaquetilla dos ó tres arrobos de "cabello de toro"—Cabello de ángel.

—Le ve usted atoreá y se asusta catorce veces por segundo. Nadie se ha arrimao, más que él. Se saca los toros de la tripa.

Total, que antes que él viniese á Madrid, yo me fui á Barcelona á verle torear para que nadie tuviese que contármelo, y que el juicio que me mereció lo sinteticé en el título de la crónica que dediqué al caso:

“TORERITO, SÍ. FENÓMENO, NO”... Siquiera por las veces que los bombistas me lo han echado en cara en la plaza, ya tendrán ustedes noticias de ella...

“Torerito, sí. Fenómeno, no”... Antes de un año, la mayoría de los que más alborotaron protestando contra este juicio mío, estaban de completo acuerdo con este... afortunado jugador de albures, ¿no, amigo, N. N?

Debutó Belmonte de novillero en Madrid, y el mundo se vino abajo con el estruendo que levantaron los bombistas. Parecía que estaba ardiendo la tierra, según el humo que echaban los “botafumeiros”.

—¡Fenómeno! ¡Fenómeno!—le llamaba el bombismo á toda hora.

Y *fenómeno* le quedó por su mal, dificultando el caminar del muchacho, en quien yo creo que la acometividad antigallista puede haber matado las esperanzas de un torero.

Pero ¿quién era Belmonte? Pues Belmonte era uno de tantos torerillos que, como les ocurre á todos, se había hecho toreado en los cerrados y tentaderos; que había conseguido salir en Sevilla tiempo atrás y había fracasado y que, cual todos sus correligionarios, entre corrida y corrida pueblerina y hasta que llegase la hora del triunfo trabajaba en su oficio de jornalero en la Corta de Tablada.

¿Y qué había hecho Belmonte para soliviantar así á la gente? Pues había dado unas verónicas colosales, estupendas, eso sí, y algunos pases magníficos y nada más, y con eso se contentaban los que regateaban condiciones de méritos al torero más completo que se ha conocido. Pero lo más estupendo, lo más gracioso de la manía belmontista, de que súbitamente se sintió atacado el bombismo, que viéndose impotente para vencer á los *Gallos* se agarró al clavo ardiendo de Belmonte, es que si contra alguien iba el estilo y el modo de torear de Terremoto, era contra *Bombita*.

Belmonte, que era entonces un torero parado, condición que ha ido perdiendo durante esta temporada; valiente, valiente; que torea de capa, por verónicas, monumentalmente... *á su toro*; que tiene una media verónica emocionante; que se pega con suma facilidad

á los costillares... en donde no están los cuernos; que da dos ó tres pases de muleta... *cuan- do le sale el torito*, colosales, pero sin ligar, ni mucho menos "razonar" una faena; Belmonte, digo, tenía y tiene un mérito: el de poseer un estilo personal, que es además de suyo, bueno. El estilo de torear derecho, erguido, con los pies juntos, lo que son los pies juntos en el toreo; con los brazos; sin esos "cargarémes" de la suerte ni los otros esparrancamientos que durante tanto tiempo nos estuvieron queriendo hacer pasar por oro de ley los expendedores de doublé superfino; el estilo de torear, en suma, que yo, *Don Pío*, el caprichoso, el ignorante, el enemigo de *Bombita*, he venido defendiendo y aplaudiendo entusiasmado y convencido en el mejor de los toreros actuales, en Rafael Gómez Ortega, el *Gallo*... el mismo estilo de torear que los belmontistas de ahora cuando eran bombistas antes han execrado una y mil veces como un estilo de ventajas—¡arrenégonete demo!—; el estilo contrario, en fin, al que el máximo definidor de la arruinada iglesia bombista declaró como el único admisible cuando escribió aquella herejía de "Torea encorvado y con las piernas abiertas, CÓMO HAY QUE TOREAR, COMO Á MÍ ME GUSTA, PORQUE ESA ES LA VERDAD."

Lo cual no impidió que entonces formulase con toda su autoridad y su seriedad esta profecía al final de una de sus crónicas dedicada á Belmonte, y que se titulaba ¿FENÓMENO?... ¡sí!  
¡Agarrarse, señores!—que dijo el clásico.

Habla *Don Modesto*:

«—¿Ha visto usted unas tijeras que se han perdido?

—Yo, no, señor. ¿Son esas que van á cortar coletas?

—Las mismas. Coletas no creo yo que corten, pero sí muchos moños.

—¡Ah! Ya sé las que dice. En casa de Juanito Belmonte, y envueltas en un capotillo de torear, las encontrará usted.»

¿Eh?

## II

### ¿Competencia?...

Belmonte tomó la alternativa en una corrida catastrófica; corrida histórica, porque fué la última que toreó *Machaquito*. Poco después, marchó á Méjico con un magnífico contrato. Durante el invierno, el cable de los apoderados nos estuvo trayendo constantes noticias de los éxitos del trianero, que no es de Triana, y los belmontistas nos volvieron locos cantando la pureza y el clasicismo del toreo rondeño, de su ídolo de ocasión, con el que iba á poner á caldo á los *Gallos*.

Fresca está la emoción que en el público produjeron estos reclamos. Cuando se abrió el abono para la primera temporada fué tal la demanda de localidades, que á poco si se abonan

las trece mil que tiene la plaza. Cerca de diez mil abonos se hicieron.

Por todas partes sonaba la misma voz jubilosa: "¡Competencial".

Entonces comenzóse á escribir este libro, (que en este punto se quedó parado, obedeciendo los mandatos de nuestra ama la Pereza), por un capítulo que lleva ese mismo título: "¿Competencia?", y que *Kurro Kastañares* me sustrajo—aviso al director de Seguridad—para publicarlo en su *The Kon Leche*, á cuyo número del 20 de Abril último remito al curioso lector, ya que la enorme publicidad del gracioso periódico me evita la reproducción.

Afirmaba yo en aquel trabajo, cuya fecha debe tenerse en cuenta, que entre Joselito y Belmonte no podía ni puede existir competencia.—¿"De qué, por qué y entre quién?"—Y después de reconocer y elogiar "las tres cosas del tío Juan", concluía que el triunfo había de ser para Joselito antes de finalizar la temporada.

¿Es que las verónicas, suerte secundaria, constituyen todo el arte del toreo?—escribí yo.—¿Después de ellas no hay en favor de Joselito la diversidad, invención y torería de sus quites, la magnificencia de sus banderillas, el asombro de su saber, la riqueza, la variedad y el maravilloso dominio de su muleta excepcional? ¿No

tiene también en su haber la rapidez, ya que no pueda apuntarse el tanto del clasicismo, con que se deshace de los toros?

Es verdad que con la muleta en la mano hace también Belmonte tres cosas que son un asombro; pero Joselito hace esas tres y las otras á que no alcanza Juan.

Y además, y este es un aspecto que no comprendo que pueda olvidarse, José lleva á Belmonte la enorme ventaja de que torea y luce con todos los toros: con el bueno, suave, pastueño, y con el *incomodado*. En el uno asombra y entusiasma con la bengalería de sus adornos, alegrías y filigranas, y en el otro, con lo profundo de su saber y con la multiplicidad y eficacia de sus recursos...

Luego suponía yo que resucitaba una tarde *Jimenito* y tuve la visión de lo que sucedió el 2 de Mayo, y no lo digo por dárme las de adivino, sino en demostración de la clara calidad de torero de Belmonte que permite estos anticipos.

Pero se abre de nuevo la puerta del toril—continuaba este capítulo—y en vez de los toros pastueños de antes, que entran y salen y dejan reponerse, aparece primero un flamenquillo de los que vienen por una parte del dinero de la temporada, y luego otro de la misma clase y categoría social. ¿Qué hace José con el suyo? Vencerle y hacerse aplaudir. ¿Qué hace luego Juan con el que le corresponde? (1)...

\* \* \*

(1) ¿Esto otro no fué lo que sucedió tal día y tal y tal?

En realidad no había tal Belmonte, sino una antipatía, una enemiga sistemática é implacable contra los *Gallos*, un resentimiento imborrable, un dolor inextinguible, porque los *Gallos*, triunfadores, son el testimonio vivo, evidente é irrecusable del error de algunos aficionados que presumían de entendidos é infalibles.

El procedimiento no podía ser más sencillo. ¿Qué hacía Rafael, qué José? ¿El toreo de los *Gallos* no es un toreo de belleza, de desplantes, una mezcla bien acordada de toreo al natural y de toreo de adorno, de arrodillarse delante de los toros, de cogerse á los cuernos, de acariciarles la cara, de molinetes, de variedad, de alegría, en fin? Pues se inventó para oponerlo á éste un toreo serio y se le colgó á Belmonte una representación legítima é indiscutible de la auténtica escuela de Ronda.

Ni Ronda ni rondín. Salió Belmonte y empezó á arrodillarse y á torear por la cara y de trincherilla, á dar molinetes de mucho movimiento y vistosidad, hijos legítimos del recorte, pero sin parentesco con la clásica y airosa navarra, respetable mamá de este lance, y á cogerse á los cuernos, todo muy cerca, eso sí, pero muy poco rondeño.

Sólo una tarde y en un toro—un toro en

toda una temporada, lo cual da cierto derecho á creer tanto en el toro como en el torero,—se destapó Belmonte, haciendo una faena estupenda, cuyo mérito principal fué la valentía con que pasaba, se arrodillaba y se agarraba á los cuernos en la misma cara, pero continuábamos sin saber hacia qué parte del mapa cae Ronda. ¡Como que es derechista convencido!

Hubo entonces otro cambio de película, y en vista de que no se podía sostener lo del toreo rondeño, titularon al traído y llevado *Terremoto* "el torero de la emoción".

Como á *Machaquito*. ¡Blasfemos!

—¿No será más bien el de la torpeza?—les dijimos.—Porque cuando no anda á gatas delante de los toros es porque está en la cama divirtiéndose á las empresas.

—No, no; rueda y va á la enfermería porque como está muy cerca, pues le tienen que coger los toros.

—¿Todos los toros?

—Todos los toros, ya usted lo ve.

—Tú si que estás cogido. Tan cerca como pueda estar el que más se arrime, se pone, porque es su costumbre, Rafael, y Joselito para dejaros quedar mal en la otra fantasía que le armasteis de que no exponía, y todas las tardes han vuelto á la fonda con el traje limpio.



—Menos una vez.

—Una vez en nueve años el uno, y en dos el otro, no son todas las tardes que se sale á torear. A los toreros tienen que engancharlos alguna vez los toros, pero cuanto mejor es el torero, menos veces lo cogen. ¿Y tú sabes por qué esos toreros pueden arrimarse tanto y regresar limpios á su casa. Pues sencillamente, porque TOREAN, ó si lo quieres más claro, PORQUE SABEN TOREAR Y LO QUE TOREAN.

El toreo, digan lo que quieran los defensores de ese nuevo desatino de que el mejor torero es el torero pelele, es otra cosa muy distinta. Emoción sí, pero sobre todas las emociones, la emoción del arte.

Si el torero mejor es el que se pone más veces en disposición de volar, vengan acá Lecumberri y el *Moreno de Alcalá* para que los proclamemos monstruos de la torería, y borremos de la historia del toreo el clasicismo, la elegancia y el arte de los tres gloriosos Rafaeles.

Mientras la lucha se desarrolló fuera de la Corte, pudo mantenerse el fuego sagrado á fuerza de telegramas, y se dió el caso, que recuerdo porque fué muy sonado, de que algunos despachos llegaron á Madrid adjudicando orejas á Belmonte que ni se habían cortado ni las habían escrito los corresponsales. ¿Os acordáis

de aquel tinglado bombista de San Sebastián de que hemos hablado páginas atrás?

Lo que no pudieron acusar los telegramas, aunque con mucha ansia se esperaba, fué el ansiado é imposible vencimiento de Joselito, porque el niño venia echando lumbre y dispuesto á no dejarse pisar por nadie.

Porque habéis de saber que la pelea iba ya franca, resueltamente contra Joselito. Ó por convencimiento tardío de los méritos insuperables é inigualables de Rafael, ó porque no encontraron ambiente propicio para ir contra él en la masa general de la afición, apasionada, en el justo sentido de la palabra, por su arte, es lo cierto que abandonaron al *Gallo*, desistieron de ir contra el *Gallo* persuadidos de que no podían con él.

Ya se lo dije á ustedes:

—Ni con arrosss, ni con arrosss, ni con arrosss.

Y fueron contra Joselito.

¡Ay! en cuanto se pusiese delante de Belmonte!

¡Pero si Joselito no deseaba otra cosa para dar gusto á la afición! Mas cuando uno no quiere dos no riñen, y Belmonte no quiso cerrarse con *Gallito* mano á mano, é hizo muy bien. ¿No había querido hacerlo *Bombita* que

se marchó de los toros con todas sus facultades para no verse en tal caso, y se iba á meter en esta aventura Belmonte, para que el baño fuese más sonado?

Los gallistas rabiaron un poco viendo que después de tanto alborotar rehuía *Terremoto* darles la satisfacción anhelada.

Pero ¿qué falta hacía la pelea? Sin necesidad de ponerse á prueba con Joselito, Belmonte, como la nariz del cuento, se fué cayendo solo sin intervención quirúrgica.

El mismo tronío con que empezó le dió el golpe definitivo. Una vez más se repitió el caso tan frecuente del novillero alborotador, que parece que se va á comer la torería cruda, y en cuanto le dan la alternativa se va achicando achicando, hasta quedar reducido á sus naturales proporciones.

Mas todavía por si eran pocas las que los entusiasmos extemporáneos le habían hecho á Juan, le discurrieron una profecía terrible:

—Belmonte es la tragedia—dijeron.

Y la gente, ya que el toreo rondeño no parecía por ninguna parte, iba á los toros presa de un inhumano morbosismo, "á ver si era aquel día". Otra vez se repitió el caso del inglés de Blondin. Hubo quien siguió á todas partes á Belmonte esperando el *terribil mo-*

*mento*. Los corresponsales recibieron órdenes de telefonar ampliamente los sucesos desgraciados belmontinos; los impresionadores de películas echaron detrás de Belmonte con su aparato... Hasta que se convencieron de que ni Ronda ni rondín.

Yo me encontré á fines de temporada á un cinematista camino de la plaza.

—¿Y el aparato?

—¿"Pa" qué?

Tenía razón. Por fortuna para él, Belmonte no ha sido de los toros, ni quiera Dios que lo sea. Puntacillos, revolcones, todas las tardes, sí; pero nada más, gracias á Dios.

Se han bastado sus incondicionales para bajarle del pedestal que ellos mismos le habían levantado. Le presentaron como el *non plus* del toreo—el *imposutra*, que dice *Blanco*,—y el público, que fué á ver todas estas cosas engañado por el vocerío del coro, se encontró con un torero que, salvo una vez y aparte las verónicas, las medias verónicas y los dos pases, que, si puede ser mucho para las discusiones de café, es muy poco para el rondel, no sabe estar en la plaza; que necesita torear rodeado de toda su cuadrilla; que ignora en absoluto la suerte de matar, y que si en Madrid guarda en este particular las formas

todo lo posible, en provincias, en vista de lo que se le censura á Joselito el sacarse las estocadas de la nariz, él se las extrae de más arriba de la montera... Yo lo he visto.

Y además, cuando llega el caso de poder torear—el torito á la medida—no hay tal toreo rondeño, sino mano derecha, rodillazo, trincherilla, monterazo, molinillo y alegría, todo lo cual nos parece muy bien... pero no es lo convenido.

Es verdad que hay un día y un toro en que arma el escándalo y para verle torear tenemos que ponernos de pie, descubrirnos y tratarle de V. E.; ¡pero para que ocurra eso!...

¿Ustedes recuerdan las veces que le echaron en cara al *Gallo* que necesitaba el toro ideal para lucirse, hasta que la repetición de faenas magnas con toros grandes, cornalones y de ganaderías desapacibles, obligaron á retirar el clisé?

¿Pues y las quejas por lo de tarde en tarde —y no era así—que nos regalaba las maravillas de su arte?

—¡*Don Pío!*—me gritó una tarde de archire-contrakikirikí una voz que luego resultó ser la de un descontentadizo pastorista del 2, amigo mío á las horas en que no hablamos de toros.

—¿Sabe usted cuánto me cuesta esa [faena de su *Gallo*?

—Muy poco—le contesté sin dejar la faena de mis cuartillas.

—¡Doce duros!—replicó indignado.

—Pues es de balde—repliqué yo.—Porque van *uhas pesetiñas* hasta el millón que vale.

—¿Un millón de pesetas?—todavía más indignado.

—¡De millones de duros, cristiano!

—Le espero á usted á la salida.

—Gracias. No tomo nada entre horas.

Bueno, pues todo eso, altamente censurable en el *Gallo*, era en Belmonte la cosa más natural, lógica y plausible, y los mismos que enronquecieron censurando por iguales razones á Rafael, disculpaban ahora los desaciertos de Belmonte, atribuyéndolos á que no le salía el toro ideal, que necesita para lucirse. Un toro hecho completa y cuidadosamente á la medida: que no sea grande, que no tenga cuernos, sobre todo que carezca de poder, que entre solo al capote y la muleta, que salga solo y que deje reponerse al torero.

Y encima torear rodeado de toda la cuadrilla.

¡Como Joselito!

No ha habido otro torero, ni artista alguno, que tuviese tan bien preparado y predispuesto el público en su favor como Belmonte. En

muchas partes era recibido con músicas, aclamaciones y manifestaciones públicas. Los ditirambos madrileños servían á maravilla á las empresas para disponer estas apoteosis, nuevo método de anunciar las corridas. Pero en ellas tomaba sincera parte el pueblo, singularmente en Andalucía, en donde las imaginaciones campesinas dedican toda la admiración que antaño guardaban para los bandoleros famosos, á este torerillo que según las leyendas que pasaron por alto sus años anteriores de novillero fracasado, acababa de tirar el azadón á que ellos están condenados perpetuamente para redimirse colocándose de un brinco en el puesto del hombre más popular de España.

Yo he visto este año llegar á Belmonte á Córdoba seguido de la admiración pública, y acompañado de conocidos personajes políticos que le escoltaban tan orgullosos y satisfechos como cuando por primera vez se sentaron en el Congreso ó tomaron posesión de las Subsecretarías, y habló en plural porque plural eran ellos.

Cuando Belmonte entró en el Club "Guerrita" los boquiabiertos de la calle prorrumpieron en aplausos y vivas "al fenómeno". Los toreros viejos salieron de allí indignados.

—¡En la tierra de *Lagartijo!*—decían.

—Esta tarde—gritó un señorito gordo de Sevilla (gordo había de ser para ser cándido)—se merienda este tío á los *Gallos* con pluma y tó.

—¡Púrguese, pollo!—le contestó una voz madrileña.

—¡Fenómeno! ¡Fenómeno!—seguían gritando fuera.

Entretanto *Guerrita*, viendo aquel entusiasmo y la pelea que había por alcanzar las entradas para la fiesta de aquella tarde, le envió "una razón" á Joselito.

—Dice *Guerrita* que si quieres torear mañana una corrida mano á mano con Belmonte y toros de Antonio Guerra ó de Florentino Sarmiento,—una ganadería nueva y suave, formada con vacas de Miura y sementales de don Eduardo.

—Dígale usted que sí, que con mucho gusto, como quiera y con los toros que quiera.

Pero cuando le hablaron á Belmonte, se excusó. Tenía que hacer.

Y cuando salió del Club la multitud, echó tras él gritando, hasta enronquecer con voces admirativas:

—¡Fenómeno! ¡Viva el fenómeno!...

Y "¡fenómeno!" volvieron á llamarle por la tarde en la plaza; mas ¡con qué tono!, ¡con

cuánta ira! Le arrojaban la palabra como un insulto. No les bastaba con silbarle. Le injuriaban. Burlábanse de él con la crueldad con que la muchedumbre hace befa del caído.

—¡Fenómeno!

Y ¡vive Dios! que fueron injustos. Él no tenía la culpa; no le había salido género para desarrollar su toreo, y ya que por su falta de condiciones, de saber y de arte, no pudo lograr las ovaciones que Rafael y José con aquellos mansos cornalones, él hizo cuanto pudo; estuvo torpe, pero valiente. Más era de aplaudir que de silbar, si se conceptuaba necesario hacer alguna manifestación; pero como á la gente le habían dicho que iba á ver un fenómeno y para verlo había pagado precios fenomenales, se llamaba á engaño, viendo aquel torero que, mientras los otros, los que, según el gordo sevillano se iba á merendar con plumas y tó, hacían lo que les daba la gana y se hartaban de jugar con los cornalones Medina Garvey, él, ó se dejaba encerrar en tablas toreando por verónicas, sus famosas verónicas, ó daba con el traspontín en el suelo al intentar un pase.

Así, sin necesidad de que ningún torero lo majase, lo majaron sus amigos, y cuando finalizó la primera temporada después de muchos desencantos, de muchos revolcones con un

largo séquito de días de paro, que fueron la desesperación y la ruina de muchas Empresas; de huir de un modo ú otro de las ferias grandes, ó por lo menos de parte de las ferias, porque el torero que cuatro ilusos querían echar á reñir con el de más resistencia, no es hombre de aguante para cuatro corridas seguidas, todo aquello de Ronda, Terremoto, Cataclismo, etcétera, etc., vino á quedar en nada.

Ni fenómeno de feria, ni fenómeno sísmico.

Á lo sumo, á lo sumo, unos *trombus* fenomenales.

Si la mayoría de los aficionados no fuesen tan flacos de memoria, el ruido levantado alrededor de Belmonte, le hubiese sonado á conocido. Era el mismo que se hizo con el *Espartero* y *Reverte*, cuando se los quisieron echar á *Guerrita* por análogas razones de partidismo, ó por el inexplicable afán que tienen los aficionados de armar competencias inventando rivales en cuanto aparece un torero indiscutible é invencible.

Cambiad los nombres de estos toreros por los de Joselito y Belmonte, en las páginas del libro de Peña y Goñi dedicadas á referir esotra pelea y tendréis la historia fiel y completa escrita hace años del breve "Alzamiento y vuel-

co—como tradujo aquel académico—del anti-gallismo belmontista.”

\*\*\*

Dos palabras para hablar del otro Juan Belmonte, no del que sirve de bandera á un ejército vencido y desconcertado por la derrota, no del Belmonte de las fantásticas informaciones telegráficas, los artículos y las frases literarias de los juegos florales del Palace Hôtel, sino del Belmonte torero.

En ese Belmonte creo yo. El que hace lo que este muchacho, puede desempeñar en el toreo papel más alto que el de instrumento de vanidades.

Mas para que eso suceda, es imprescindible un cambio de procedimiento que no sé hasta qué punto le será factible á Belmonte. Es necesario que se desprenda del lastre de entusiasmos sinceros. Porque el “fenomenalismo” si ha podido servirle un momento, al cabo será su mayor enemigo; y ya ha podido verlo en muchas plazas.

No tema á nada. Prescinda de amigos y protectores, y quédese con el toro. Con el toro sólo y con la Prensa y el bombismo, los belmontistas de ahora enfrente, el *Gallo* ha vencido. He ahí un buen espejo.

Adminístrese bien, ya que está en buenas manos para eso; déjese de competencias imposibles; distribúyase cuidadosamente sus corridas; no se prodigue donde no le convenga que le vean mucho, y dentro de algún tiempo hablaremos.

Porque sería lástima que este torero se perdiese.

Y si continúa así no le salva ni el Conde de Romanones, que es la mejor recomendación para alcanzar cualquier cosa.

Como á él le traiga cuenta.